

Las bellas durmientes

Lorenzo Serrahima**

Iba paseando por la arboleda del sur del parque, tratando de llenar todas aquellas horas que le habían quedado libres. Ya hacía tiempo habían destinado a su yerno al extranjero, y su hija se había ido con él, desapareciendo también de su vida diaria. Y ahora, tras su jubilación, ya no tenía que correr para llegar al trabajo a tiempo, cumplir con el horario y volver a casa por la noche. Vivía sola, así que todas sus tareas se acababan enseñu- gida. Su vida hiperactiva se había transformado súbitamente en una vida de jubilada desmotivada. No conservaba ningún estímulo que le llenase todas aquellas horas de tan lento andar. De repente su vista tropezó con una bola de algodón que no pertenecía a aquel paisaje. Se inclinó para recoger el pequeño

objeto, que resultó ser un zapatito de punto, limpio e immaculado. Seguramente su dueño acababa de perderlo. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Mientras lo hacía, notó que el tacto del patuco despertaba en su mano sensaciones que creía haber olvidado. Se lo acercó a la mejilla, lo acarició, lo olió, y en su subconsciente empezaron a despertar palabras que llevaban mucho tiempo dormidas: bebé, amamantar, moflete, colonia. Las palabras pugnaron por mover sus labios, y se oyó a sí misma decir «babero, cochecito, llanto, risa, chupete...». Una gran sonrisa iluminó su cara, y una mirada pícaro reveló que había descubierto una nueva dimensión de la expresión «Las bellas durmientes».

*Inmunóloga y traductora, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: maria3demiguel@yahoo.es.

**Traductor médico, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: analogia@ya.com.